«Una moneda, una ley, un peso, una medida, una lengua y una religión». Feijoo y su idea de España y de los españoles

JOAQUÍN ÁLVAREZ BARRIENTOS
(CSIC, Madrid)

En coincidencia con el establecimiento de la Nueva Planta de Felipe V apareció otra nueva planta cultural formada por individuos como Feijoo, Mayans, Sarmiento, Huerta, Belando y Ferreras. Todos, aun con diferencias entre ellos, apelaron a la nación, se preguntaron por ella y la historiaron. La nación para ellos es un ente político e histórico porque comparte una trayectoria común y en algunos, como en Feijoo, es el resultado de aceptar un contrato. Este compromiso con el uso del pasado para crear una idea de nación en el presente se manifiesta en la reescritura y relectura de la historia y de la cultura, que no se hace en clave decadente, sino crítica y de defensa de la producción y manera de ser españolas frente a los ataques, las malas informaciones y las maledicencias extranjeras, así como contra el papanatismo interno que, desconociendo lo propio, valora incondicionalmente lo foráneo.

Pero, a la vez, esta atención que se dedica al pasado tiene que ver con la necesidad de insertar a la nueva dinastía en el decurso histórico, tras el problema que suscitó la sucesión en el trono de España. Al pasar la Corona a la dinastía de Borbón se hacía necesario vincularla con las casas anteriores y reescribir, por tanto, la historia, pero para mostrar su novedad y diferencias.

La atención al pasado y su valoración en términos críticos, pero positivos, parte a menudo de la recuperación del clásico concepto o virtud antigua republicana que fue el patriotismo, como estudió Maravall (1991 42- 60; 315- 351), gracias al cual la comunidad no puede existir sin el individuo, y a la inversa. Esta adaptación del patriotismo republicano tuvo bastante recorrido en el siglo, desde Luzán y Feijoo a Cañuelo, Quintana, Moratín, Cadalso, Jovellanos y otros (Onaindía 2002). Un patriotismo que no debe confundirse con el «nacionismo», criticado por Feijoo en «Amor de la patria» y en otros trabajos, ni con el nacionalismo excluyente que había de llegar después, sino con la colaboración del individuo en un proyecto de felicidad pública y prosperidad, de renovación y mejora del país, que implicaba la creación del conocido como Estado- Nación centralizado y unificado. Este proyecto llevó a la nacionalización del país, de su historia y de su cultura, y en él la figura del monarca fue el «nervio principal de la reforma», por utilizar la expresión de León de Arroyal, citada por Pablo Fernández Albaladejo (2007: 240- 244). El patriota, basado en las directrices de Feijoo, tuvo diferentes formulaciones a lo largo del siglo. En el objetivo de crear esa nación colaboraron la historia, la cultura y los historiadores, para ofrecer una conciencia oriunda. Para ello había que unificar o suprimir la variedad de leyes, trajes, idiomas, monedas, pesos, medidas, aduanas, estancos, cuerpos privilegiados, fueros, jurisdicciones especiales, además de escribir la historia nacional, narrar los orígenes y

cartografiar fielmente el territorio para dar imagen y visualizar el país. Todo esto se empezó y lo continuó luego el liberalismo (Varela 1994; Morales Moya 2013). Los reyes de la casa de Borbón fueron «reyes patriotas», según el modelo presentado en 1738 por el vizconde de Bolingbroke en *The Idea of a Patriot King*, como constató Manuel de Aguirre en su *Elogio de Felipe V, rey de España*, de 1788, donde lo equipara con los otros monarcas que siguieron ese modelo en Europa: Pedro I, Federico II, María Teresa, y restauraron sus «patrias» poniendo en práctica un nuevo código patriótico, que poco tenía que ver con el que se había empleado en tiempos anteriores (Fernández Albadalejo 2007: 198).

Esta idea centralizadora lo impregnó todo, motivando la redacción de historias generales y, aunque se escribieron también historias locales, no pocos vieron estos relatos como errores de estrategia, precisamente en momentos en que se trabajaba por crear un sentido de unidad nacional y, por tanto, contra los «nacionismos». Baste recordar las palabras de Juan Sempere y Guarinos en el tomo segundo de su *Ensayo*, en el que defendiéndose de la acusación de tratar más de las obras y sus contenidos -es decir, de la cultura nacional- que de los autores y sus «patrias», señala en una evidente muestra de la relación entre nación e historia literaria:

> En la constitución actual de España, lejos de ser convenientes aquellas noticias que se echan menos en esta obra, podrían, por el contrario, ser perjudiciales. Cualquiera hombre de juicio conoce los daños que causa el espíritu de paisanaje [del que ya había hablado críticamente Feijoo] y el grande influjo que tiene no solamente en los destinos de los sujetos, sino también en el concepto que se forma acerca de su mérito literario […]. Mientras una nación no llegue a consolidar en su seno el espíritu de unidad y de patriotismo le faltan todavía muchos pasos que dar en la civilización. No es el mejor medio para extinguir la rivalidad de las provincias el referir por menor las patrias de los escritores. Antes acaso, convendría sepultarlas en el olvido, a lo menos por cierto tiempo, y que de ningún hombre de mérito de nuestra nación se pudiera decir más que es *español* (Sempere y Guarinos 1785: VIII- IX; Álvarez Barrientos 2006: 255- 284).

Esta obligación patriótica que sirvió para restaurar la nación desde el compromiso con el proyecto de mejora está en Feijoo, que parte de un cambio político y mental radical en la España del momento, en el paso de la de Carlos II a la de Felipe V. De la conciencia de una decadencia de la que se puede salir a la construcción de una nueva realidad nacional que tanto incorpore elementos culturales del pasado como otros nuevos procedentes de fuera del territorio. Y algunos intelectuales se implicaron en ese proyecto y nuevo sistema de relación con el poder, porque otros se mantuvieron en la defensa de una identidad barroca sin querer aceptar o sin entender la crisis que vivía la época. Feijoo contribuyó a crear una mirada que leyó con nuevos ojos la realidad y aplicó sobre ella proyectos de reforma. El mismo hecho de no entender la novedad de su modelo de escritura, como manifiestan las polémicas mantenidas, ponía de relieve la necesidad de una nueva estructura cultural, de un nuevo modelo de transmisión de conocimientos y opinión.

Para ello se convirtió en publicista, que es la palabra que mejor engloba su manera de comunicar y enfrentarse a los asuntos, así como a los objetivos perseguidos. Y también lo es por las estrategias para comunicar y producir presencia, pues no le falta razón a Stiffoni cuando señala, por ejemplo, que su intervención en defensa de Martínez fue un movimiento para conseguir publicidad y para marcar su ubicación ideológica en el panorama intelectual, más que para ayudar y defender al médico (Stiffoni 1985: 28).

Feijoo se inscribe, así, en la órbita de escritores europeos que intervienen sobre el entorno, que agitan la opinión, hacen tomar conciencia del estado en que se encuentra la patria y crean un clima intelectual que permite el debate y el avance social. Se coloca en la nueva órbita crítica según la cual el intelectual es un revulsivo con dimensión política en su acción literaria, que en el caso de Feijoo es tanto más compleja cuanto que no toma partido por ninguna tradición literaria -ni por la española ni por la europea; ni por lo nuevo ni por lo antiguo-, sino que busca ese justo medio, tan difícil de alcanzar como de evitar sus consecuencias: el ataque por parte tanto de los que se alinean en la tradición, como de los que forman en la novedad.

Y esa dimensión y lugar de Feijoo quedan también claros cuando se refiere a la relación del escritor con el poder, pues es consciente de que el intelectual es elemento esencial a la hora de colaborar en los proyectos gubernamentales, por ejemplo, en los que suponen la creación de la historia y de la imagen nacional. Así, señala los riesgos que corre el historiador cuando está al servicio del gobierno, pues esa colaboración le obliga a veces a traicionar su función y a desfigurar los hechos para adaptarlos a la imagen deseada. Los escritores, «o han de adular a su nación o arrimar la pluma, porque si no los manchan con la nota de desafectos a su patria», escribe en «Amor de la patria y pasión nacional» (1777, III: 233). Verdad que ejemplifica con el caso del padre Mariana, pero también con historiadores extranjeros, algunos de cuyos nombres forman parte de una de las líneas ideológicas más interesantes de finales del siglo XVII, frecuentada por él, como es la conocida como «libertinaje erudito». Según recuerda Stiffoni, se refiere a Gregorio Leti, ejemplo en Inglaterra de lo mismo que Mariana en España. Leti había escrito un *Teatro britannico*, pero, tras su publicación, la obra fue recogida y él expulsado del país, ya que el resultado no se ajustaba a lo esperado por la monarquía. El italiano, que había escrito desde su anticatolicismo *La vida de Sixto V*, *El putanísimo romano* y otras obras históricas y filosóficas, no es el único erudito libertino citado por Feijoo; Bayle, Gassendi, Espinosa, Naudé y Le Vayer pasan también por sus páginas desafiando a la Inquisición y al pensamiento tradicional, para decirnos cuáles son algunas de sus fuentes.

La realidad social y política en la que vivió Feijoo cambió a lo largo de su vida y sus artículos se adaptaron a esas alteraciones, en ellos hay una idea de nación y de Estado que también cambia. Stiffoni señaló que adecua la idea nacional de Saavedra Fajardo al modelo borbónico, cambiando el concepto de monarquía como reunión de «naciones» por la de Estado que se organiza unitariamente. Discursos como «Glorias de España», «Amor de la patria» y «Mapa intelectual y cotejo de naciones» responden a este objetivo centralizador y señalan cómo los caracteres nacionales locales son un impedimento para esa construcción, lo mismo que escribiría Hume al ocuparse de este asunto (Maravall 1963; Caro Baroja 1970). Esos y otros trabajos apostaban por la patria grande y unida frente a las patrias chicas y los estados nacientes, con un trasfondo cultural que apoyaba el centralismo y la conciencia de comunidad unificada porque, según él, España alcanza su sentido en el contexto europeo en tanto que conjunto de individuos reunidos o «cuerpo de Estado donde debajo de un gobierno civil estamos unidos con la coyunda de unas mismas leyes» (1777, III: 238). Por otra parte, su convicción, retomada luego por Sempere, es que

> el amor de la patria particular, en vez de ser útil a la república, le es por muchos capítulos nocivo. Ya porque induce alguna división en los ánimos, que debieran estar recíprocamente unidos para hacer más firme y constante la sociedad común. Ya porque es un incentivo de guerras civiles y de revueltas contra el soberano, siempre

> que considerándose agraviada alguna provincia, juzgan los individuos de ella que es obligación superior a todos los demás respetos el desagravio de la patria ofendida. Ya en fin porque es grande estorbo a la recta administración de justicia en todo género de clases y ministerios (1777, III: 238).

En consonancia con el tiempo nuevo y el proyecto borbónico, y con el recuerdo de la guerra, el benedictino opta por y apoya una idea de España, que entonces es la moderna en Europa, centralista, con una sola lengua, frente a otras que se debatían entonces, pues, además del Estado- nación proyectado por la monarquía, se mantuvieron en liza la opción barroca de España como conjunto de valores y esencias católicas, y la España pluricultural que defendían los derrotados austracistas. Tres posturas que con matices y actualizaciones perviven y pugnan aún hoy (García Cárcel 2005a: 240; 2005b).

La vía Feijoo, como ya se señaló, intenta hacer compatibles la atención a lo extranjero -la necesaria coexistencia con los franceses que se percibe en «Antipatía de franceses y españoles»- con la valoración crítica de lo nacional, frente a los que solo aprecian lo propio, a los que llama «nacionistas», y los que solo aprueban lo extranjero. Su postura en esta cuestión, como en las demás, es la de alcanzar el equilibrio, posición por la que tanto criticó a los escolásticos como a los modernos. Su renovación intelectual pasaba por el centro. La identidad nacional para él, que criticó los caracteres nacionales locales, está en ese compromiso racional que se establece al aceptar unas leyes comunes, un derecho común debajo del cual nos regimos como si de un contrato o pacto se tratara. Belando, en su *Historia civil de España* (1733- 1744), estaba en la misma línea, lo que significaba hacer una nueva historia «de España», contemporánea en este caso, como señala al dirigirse al rey. Intento que avala, entre otras autoridades, con el nombre de Feijoo, que, desde su *Teatro*, había sentado principios y presentado nociones sobre los que elaborar los nuevos conceptos de patria y nación. La historia tuvo un papel importante a la hora de crear esos nuevos conceptos, en tanto que imaginario colectivo en el que poder reconocerse. Su papel protagonista se refrenda con la creación en 1738 de la Real Academia de la Historia y en la adopción de la *España primitiva* de Huerta, a pesar de las críticas recibidas, por la imagen que ofrecía del pasado. En todo caso, y de manera general, ese pasado, que durante algún tiempo se vio en clave negativa, se descubre ahora como un legado, como un bien que se puede explotar y utilizar en el proyecto de creación de nación, y así, por ejemplo, Luis José Velázquez inició, por orden del rey, la exploración de las antigüedades de España con vistas a su uso histórico-político (Velázquez 2015).

Sus reflexiones sobre la nación y sobre el modelo que él defiende van dirigidas a captar voluntades y opiniones entre los lectores para cohesionar fuerzas, y lo hace desde lo que Cadalso llamó después la «crítica de la nación», como señala Maravall (1991: 196), aunque con sus limitaciones y adaptaciones a las diferentes coyunturas en que escribió. En todo caso, «yo escribo principalmente para España», indica en la carta 31 del tomo III de las *Eruditas*, pero para una España que no es solo un concepto esencialista, sino también a la que se quiere implicar en la composición de una sociedad.

Los ataques de Mañer, de Soto Marne y de otros hay que situarlos en este marco, pues ellos participaban de la noción barroca de España, de modo que sus impugnaciones respondían a la conciencia de que el trabajo de Feijoo minaba su tradicional concepción de España, mientras el centralismo se asentaba, sobre todo con Carlos III. «Una moneda, una ley, un peso, una medida, una lengua y una religión», escribía en 1759 Miguel Antonio de la Gándara en *Apuntes sobre el bien y el mal de España*, quien además, como

Feijoo, señalaba que su único receptor era «la nación española» y que no tenía «más patria, más partido, más paisanaje, más carne ni más sangres que España, España y España» (Gándara 1988: 11). Más adelante se establecen los símbolos nacionales: la marcha de granaderos (1770), la bandera (1785) y Campomanes, que asume este nacionalismo, edita en 1777 el *Teatro crítico universal* al que antepone un largo prólogo, actualizando la noción feijoniana de un Estado entendido desde lo cívico.

Puesto que construye una nueva imagen nacional, la que se tiene fuera le preocupa extraordinariamente, como se comprueba en todos o los más de sus discursos y preliminares; así, por ejemplo, al dedicar el tomo cuarto del *Teatro* al futuro Carlos III, destaca el interés del entonces infante (en realidad, de su madre) por la fotografía que tienen de España los extranjeros, y conocer esa preocupación es lo que le lleva a escribir no solo las «Glorias de España», sino también a ofrecerle el volumen. Interesa señalar que ese prólogo es una declaración de intenciones que se depositan en el infante, al que se ve como Carlos el Sabio. Esa declaración de intenciones se hizo realidad años después, en su sentir, como se manifiesta en la dedicatoria del último tomo de las *Cartas* en 1760 al ya rey Carlos III, en la que Feijoo recuerda sus antiguas palabras y lo acertado de sus vaticinios. El ciclo se cerraba, pues para él, como para otros intelectuales de la época, la llegada de Carlos III suponía el logro de tantas esperanzas políticas y culturales, aunque, sin embargo, solo fue un espejismo.

Los dos artículos que forman las «Glorias de España» son ejemplares del método de trabajo feijoniano, pero también de su idea de España. A pesar de su concepción voluntarista de la nación como un compromiso de sus ciudadanos, como todos en la época y como después, considera que España existe desde siempre, pues su idea territorial es también étnica y cultural, sobre todo cultural, ya que acepta como españoles a aquellos que vivieron en el territorio escribieran en el idioma en que lo hicieran y formaran parte del imperio romano, mientras que el carácter está también definido desde los comienzos, como señala utilizando fuentes extranjeras. Esas fuentes le permiten siempre dar la imagen de objetividad que necesita para ser creído, pues así demuestra que no le puede el «amor de la patria». Estos dos artículos son un mapa cultural de España, una *laudes Hispaniae* junto a una relativamente crítica historia intelectual nacional. Por otro lado, en una obra que habla de lo que está mal, de lo que falta y de lo que hay que corregir, las «Glorias de España» compensan la perspectiva crítica, pues, aunque muestra los vicios y defectos de los españoles, en muchos momentos es apasionado. Es, al mismo tiempo, ejemplo de cómo se construyeron a lo largo de la historia una identidad española y unos tópicos que nos identificaban en unos casos desde fuera, en otros desde dentro.

Para ofrecer la imagen nacional enseña historia: muestra «a la España moderna la España antigua» (1778, IV: 348), cuyas supuestas limitaciones culturales e intelectuales no son falta de habilidades sino de aplicación, de modo que neutraliza los rasgos impuestos desde la teoría climática a la mentalidad y acervo nacionales. El trabajo se articula desde la perspectiva de la leyenda negra, que rechaza, sobre todo de manera contundente en el caso de la actuación española en América, y pretende combatir el complejo de inferioridad congénito de los españoles[1].

Elabora este mapa de España en diferentes niveles. Por un lado, retrata moralmente a los habitantes, para que se identifiquen con personajes y hechos del pasado y puedan

[1] Hoy, gran parte de esa leyenda se ha neutralizado, incluso se ha comprobado que las cifras de muertos manejadas por Bartolomé de las Casas eran extraordinariamente exageradas. Véase últimamente, Villaverde Rico y Castilla Urbano (2016).

proyectarlos en el futuro. De este modo, según las palabras de autores extranjeros, «los españoles [son] liberales, benignos, obsequiosos con los forasteros»; aman «la justicia, la integridad» y la honradez. Al mismo tiempo, son ejemplo de templanza en sus costumbres, de feliz juicio, ingenio, memoria, sagacidad, fidelidad a los soberanos y sobresalientes guerreros desde los tiempos de Aníbal y Sagunto (1778, IV: 352). Esta apología se realiza con testimonios de autores foráneos, luego pasa a los hechos. El tono, tantas veces, recuerda el de los escritos apologéticos que llegaron después, con motivo de contestar a los ataques de los italianos y a Masson.

El elenco de figuras y lugares que constituyen las glorias nacionales comienzan con Sagunto, Numancia, Viriato y Sertorio para crear un relato de unidad nacional desde el pasado común, un pasado valorado tanto más positivamente cuanto que se compara con la república romana, «gavilla de ladrones que engrosándose más y más cada día, empezó robando ganados, continuó robando poblaciones y acabó robando reinos» (1778, IV: 360), porque España ya existía. Ahora bien, si ha retratado moralmente a los españoles y se ha valido de autores extranjeros -usando un criterio de autoridad que había rechazado desde el principio-, también cae en la justificación de las tradiciones falsas, si sirven para engrandecer a la nación, aunque las haya rechazado en general. Se mueve con ambigüedad entre dos aguas. Primero explica cómo se crean, luego critica su uso de forma habitual:

> Son siempre felices los embustes que dan ilustre origen a cualesquiera naciones. Un adulador los forja. El pueblo, si no los cree, quiere por lo menos que se crean. Esto basta para que nadie se atreva a impugnarlos y para que muchos los vayan transcribiendo como verdades inconcusas. Con que, a la vuelta de dos o tres siglos, si alguno quiere escribir con desengaño, o mostrarse dubitante en la materia, es despreciado como un temerario que se opone a una posesión inmemorial y a una constante tradición (1778, IV: 361).

Y más adelante, pero refiriéndose a las tradiciones religiosas, añade:

> Si se hace juicio que la tradición presta algún fomento a la piedad, ya no solo es empresa desesperada combatirla, mas sumamente peligrosa al que la intenta. Exclámase contra el combatiente, fingiéndole o aprehendiéndole enemigo, por lo menos oculto, de la religión. Ármase tan furiosamente el celo, como si se viese poner fuego al santuario […]
>
> Cuando, no obstante, haya argumentos eficaces contra las opiniones recibidas, considero indispensablemente obligados los escritores a batallar por la verdad y purgar al pueblo de su error. ¿Para qué se escribe la historia, o como se puede escribir bien sin apartar las fábulas de las realidades? (1778, IV: 385)[2]

Hasta ahí bien, pero es entonces cuando hace un paréntesis en su enumeración de glorias para referirse a los nuevos criterios críticos que algunos usan para escribir la historia en los que lo falso se rechaza. Como le interesa señalar que tanto la Virgen del Pilar como Santiago estuvieron en España y que Bernardo del Carpio es personaje real, crítica el escepticismo de historiadores como Ferreras y el método crítico del silencio a través de las generaciones, señalando que ese silencio se puede deber a que se hayan perdido los testimonios intermedios, aunque es sospechoso que se pierdan todos. Y para

[2] Así ocurrió con aquellos que cuestionaron los hallazgos de Granada y la venida del apóstol Santiago, entre otros asuntos (Álvarez Barrientos 2014: 75- 93).

hacer valer su opinión respecto de los casos españoles, cuestiona varias tradiciones francesas insostenibles.

Juega con ambigüedad con el concepto de tradición frente a la postura más radical de Juan de Ferreras en su *Historia de España*, que es uno de los que duda, por ejemplo, de la existencia de Bernardo del Carpio, para ajustar su discurso a la intención política, que es la de crear un carácter y unos valores en los que poder reconocerse. A pesar de que le importa mucho ser creído, porque no quiere perder su prestigio, se aleja de la verdad cuando le interesa para que su texto responda al objetivo político previsto: mostrar que hay un carácter previo, desde siempre, que retrata a los españoles y con orgullo cita una serie de ellos que se ajustan a él. Así apela a la venida de Santiago y a la Virgen del Pilar como verdades incontrovertibles. Estos nombres se suman a los ya referidos, a los que añade Trajano, Adriano, Teodosio, Séneca, Columela, Quintiliano, Marcial, Lucano, don Rodrigo, Lucas de Tuy, Antonio Agustín, José Acosta, Ambrosio de Morales, Jerónimo Zurita, Nebrija, Pinciano, Luis Vives, Arias Montano, Martín del Río, Fernando de Córdoba, Santa Teresa, Luis de Granada, Caramuel, Martín Sarmiento.

Interesa destacar que esta apelación a Santiago y a la Virgen del Pilar tiene una función concreta. Feijoo quiere dar la imagen de una monarquía católica, lo que empieza a potenciar desde que se refiere a los Reyes Católicos como primeros autores de la unidad nacional, a los que siguieron los demás monarcas que además catequizaron América, pero esa condición es anterior, ya que, refiriéndose a Teodosio, «fue un español el instrumento de que se sirvió» Dios para arrasar los templos paganos. La mayor gloria de España, por tanto, es el «influjo que tuvo nuestra nación en el establecimiento de la fe católica, [que es] la suprema honra de los españoles». España había sido el lugar elegido por la Providencia para llevar adelante este plan y por eso puso exquisito cuidado «en la conversión de España a la religión verdadera» (1778, IV: 368), ideas que están funcionando en la construcción de los relatos desde los tiempos más remotos y que se encuentran abundantemente documentadas tanto en las crónicas como en los falsos cronicones, y de las que se sirvió Annio de Viterbo para engrandecer a los Reyes Católicos. Este designio explica la especial relación de España con Dios y la venida de Santiago y la Virgen del Pilar, así como el papel jugado por la nación en la evangelización y en la asunción de valores que se consideran históricos y comprometen en un proyecto trascendente. Estos «hechos» explican el ser nacional y nuestro papel porque «tan unidos estaban los intereses del cielo y los de España» (1778, IV: 375).

Su revalorización de España se completa, ya en la segunda parte del artículo, con su dimensión intelectual, para demostrar que no «somos los más inhábiles y rudos entre las naciones» de Europa (1778, IV: 399). Si había comenzado escribiendo para los españoles (quería mostrar la España antigua a la moderna), al centrarse en la parte intelectual se dirige también o prioritariamente a los extranjeros, aunque ya se ha visto que no los olvida tampoco en las páginas precedentes. Pasa revista a las diferentes ramas del árbol de la ciencia y en cada una señala ejemplares españoles que han contribuido a su desarrollo, pero no tiene inconveniente en notar aquellas materias en que España no ha aportado mucho, como en las matemáticas, la física o la anatomía. Su historia de la ciencia y la cultura española se adelanta a la que en el XIX hizo Menéndez Pelayo, y así, para seguir con el retrato de la «nación española», da ejemplos de las aportaciones en teología, jurisprudencia, erudición, física, matemáticas, astronomía, medicina, química, botánica, anatomía, filosofía moral, geografía, historia natural, agricultura, retórica, poesía, historia, letras humanas, crítica, letras sagradas, mística, varia erudición.

Pero, de la misma forma que no olvida indicar las áreas en que la aportación nacional ha sido escasa o nula, aprovecha para denunciar la dificultad para ilustrarse, la falta de profesores que instruyan en conocimientos nuevos y de libros, de becas y ayudas para poder dedicarse al estudio, lo que impide el desarrollo de la ciencia en el reino (1778, IV: 443), así como reconoce que, aunque en «inventiva» nuestra aportación no es mucha, sin embargo, Estrabón y Plinio destacaron nuestra capacidad para crear máquinas que extraen metales y para navegar, así como que otras se realizaron durante la conquista de América y, sobre todo, explica la invención de un método para enseñar a comunicarse a los mudos, donde hace una reivindicación de este avance que se habían adjudicado otras naciones.

Con estos dos artículos hizo una declaración de intenciones y un mapa político y cultural de España, en el que puso nombres y carácter moral. Esos nombres significaban, por un lado, la recuperación del pasado como valor y respuesta y, por otro, la reivindicación del presente en el que se construía la nueva España salida de la decadencia, discurso en el que muchos intelectuales se habían instalado a finales del siglo XVII. Estos artículos forjan el imaginario común desde el que trabajar la idea nueva de nación como compromiso. Feijoo, como Mayans, como el conde de Torrepalma, como Nasarre y otros en las mismas fechas, mira el pasado cultural español para destacar la funcionalidad de la nueva monarquía que regenera a la nación tomando esos ejemplos (Iñurritegui 2006). Entre los nombres citados hay diferencias de método, envidias y descalificaciones, pero la mirada, los proyectos y el valor que dan al pasado son parecidos, así como su percepción de que en esa herencia cultural hay soluciones para el momento presente. Esa España antigua que se mostraba a los contemporáneos ponía de relieve el valor de lo español y la decadencia de la que se salía gracias al empuje de la nueva monarquía. La historia literaria, así, se convertía en un instrumento político reivindicativo y la historia de la cultura que hacía Feijoo en «Glorias de España» y otros discursos servía para marcar la novedad del momento, el cambio de rumbo propiciado por los ministros de Felipe V, mientras se asentaba la identidad nacional desde la cultura. El pasado se convertía en un activo del que todos se aprovecharon a la hora de validar sus diferentes opciones de política cultural y sus proyectos, así como para vincularlos con lo mejor de lo antiguo y con la actividad protectora del monarca.

Bibliografía

ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín. (2006). *Los hombres de letras en la España del siglo XVIII. Apóstoles y arribistas*. Madrid. Castalia.

ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín. (2014). *El crimen de la escritura. Una historia de las falsificaciones literarias españolas*. Madrid. Abada editores.

CARO BAROJA, Julio. (1970). *El mito del carácter nacional. Meditaciones a contrapelo*. Madrid. Seminarios y Ediciones.

FEIJOO, Benito Jerónimo. (1777). *Teatro crítico universal*, III. Madrid. Pantaleón Aznar.

FEIJOO, Benito Jerónimo. (1778). *Teatro crítico universal*, IV. Madrid. Pantaleón Aznar.

FERNÁNDEZ ALBALADEJO, Pablo. (2007). *Materia de España. Cultura política e identidad en la España moderna*. Madrid. Marcial Pons.

GÁNDARA, Miguel Antonio de la. (1988). *Apuntes sobre el bien y el mal de España*. Jacinta Macías Delgado (ed.). Madrid. Instituto de Estudios Fiscales.

GARCÍA CÁRCEL, Ricardo. (2005a). «Los proyectos políticos sobre España en el siglo XVIII». *De Hispania a España. El nombre y el concepto a través de los siglos*. Vicente Palacios Atard (ed.). Madrid. Temas de Hoy.

GARCÍA CÁRCEL, Ricardo. (2005b). *Felipe V y los españoles*. Madrid. Mondadori.

IÑURRITEGUI, José M.ª (2006). «El Panteón imaginario: nación y héroes literarios». *Fénix de España. Modernidad y cultura propia en la España del siglo XVIII (1737- 1766)*. Pablo Fernández Albaladejo (ed.). Madrid. Marcial Pons. 161- 190.

MARAVALL, José Antonio. (1963). «Sobre el mito de los caracteres nacionales». *Revista de Occidente*. 3. 257- 276.

MARAVALL, José Antonio. (1991). *Estudios de la historia del pensamiento español (siglo XVIII)*. Madrid. Mondadori.

MORALES MOYA, Antonio. (2013). «La nación española preconstitucional». *Historia de la nación y del nacionalismo español*. Antonio Morales Moya, Juan Pablo Fusi Azpurúa y Andrés de Blas Guerrero (eds.). Madrid, Galaxia Gutenberg. 129-165.

ONAINDÍA, Mario. (2002). *La construcción de la nación española. Republicanismo y nacionalismo*. Barcelona. Ediciones B.

SEMPERE Y GUARINOS, Juan. (1785). *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, II. Madrid. Imprenta Real.

STIFFONI, Giovanni. (1985). «Intelectuales, sociedad y estado». *La época de los primeros borbones. La cultura española entre el Barroco y la Ilustración (circa 1680- 1759). Historia de España*, 29. 2. José M.ª Jover Zamora (ed.). Madrid. Espasa-Calpe.

VARELA, Javier. (1994). «Nación, patria y patriotismo en los orígenes del nacionalismo español». *Studia histórica. Historia contemporánea*. 12. 31-43.

VELÁZQUEZ, Luis José. (2015). *Viaje de las antigüedades de España (1752- 1765)*. Jorge Mayer Allende y Carmen Manso Porto (eds.). Madrid. Real Academia de la Historia. 2 vols.

VILLAVERDE RICO, M.ª José y CASTILLA URBANO, Francisco (eds.). (2016). *La sombra de la leyenda negra*. Madrid. Tecnos.